

Sígueme, y deja que los muertos entierren á sus muertos. (San Mateo, VIII, 18 á 22)."

El Señor no vió en el escriba mas que una veleidad pasajera de buena resolucion, que debia abandonar en cuanto supiese cuán difícil le seria seguir á Jesucristo, mientras que el discípulo lo habia abandonado todo por unirse á éste. Tal vez lo habia hecho poco antes; y la vista y las seducciones de los suyos, que eran *muertos* en la incredulidad, le hubieran sido acaso perjudiciales: Jesus podia prever que caeria.

"Y subiendo el Señor á una barca, le siguieron sus discípulos; y he aquí que se levantó grande agitacion en el mar, de modo que la barca era cubierta por las olas; mas él estaba durmiendo. Y se acercaron á él sus discípulos y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y les dice Jesus: ¿Por qué temeis, hombres de poca fé? Entonces levantándose amenazó á los vientos y dijo al mar: Calla, enmudece; y cesó el viento, y sucedió una gran calma, y les dijo: ¿Por qué temeis? ¿No teneis aún fé? Y temieron con gran temor, y se decian uno á otro: ¿Quién juzgas que es este

padre, de asistirle en su vejez, y de enterrarle despues de muerto: cosa que en sí misma era loable, dice San Juan Crisóstomo, pero que el Señor se la niega; porque habiendo otros que podian enterrar á sus padres, queria darnos á entender, que cuando nós llama, debemos seguirle, atropellando con todos los estorbos que puedan detenernos; y que para nosotros no debe haber negocio de mayor importancia, que el de nuestra salvacion. (Nota del Illmo. Scio al cap. 8.º de San Mateo).

que los vientos y el mar le obedecen. (San Mateo, VIII, 23 á 27, y San Márcos, VI, 36 á 40)?"

CAPITULO XXIX.

ARROJA LOS DEMONIOS DEL CUERPO DE DOS POSESOS,
Y ENTRAN AQUELLOS EN UNA PIARA DE PUERCOS.

"Y habiendo pasado al otro lado del lago, al pais de los gerasenos (1), vinieron á su encuentro dos endemoniados que salian muy rabiosos de los sepulcros, de modo que nadie podia pasar por aquel camino. Y gritaron diciendo: ¿Qué hay entre tí y nosotros, Jesus, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí á atormentarnos antes de tiempo?"

Esto es lo que nos cuenta San Mateo (Cap. VIII, v. 28 y 29). Los evangelistas San Márcos y San Lúcas no hacen mencion mas que de un solo endemoniado, sin duda porque éste, como vamos á ver, era atormentado de un modo extraordinario por los espíritus malignos. "Tenia su morada en los sepulcros (2), y nadie

(1) En los evangelistas San Márcos y San Lúcas, se lee *gadarenos*, y en San Mateo *gerasenos*. Mejor seria decir *gergesenos*, porque Gergesa estaba situada á las orillas del lago, mientras que los lugares Gádara y Gerasa estaban algo distantes. Orígenes afirma que en su tiempo se enseñaba, cerca de Gergesa, la peña desde donde se precipitaron en el lago los puercos.

(2) Probablemente eran sepulcros cortados en las piedras, al estilo de los orientales.

podía atarle ya, ni aun con cadenas, porque muchas veces atado con cadenas y grillos, había roto las cadenas y quebrantado los grillos, y nadie podía domarle. Y siempre estaba de día y de noche en los sepulcros y en los montes, gritando y magullándose con piedras. Mas viendo á Jesus de lejos, corrió y le adoró, y gritando en alta voz, dijo: ¿Qué hay entre tí y mí, Jesus, Hijo de Dios altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque Jesus le decía: Sal de ese hombre, espíritu inmundo. Y le preguntaba: ¿Cuál es tu nombre? Y le respondió: Mi nombre es legion, porque somos muchos. Y le suplicaba mucho que no le echase fuera de aquel país. Y había allí cerca del monte, una gran piara de puercos que estaban paciendo. Y los espíritus le suplicaban diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos en ellos. Y al punto se lo concedió Jesus. Y saliendo los espíritus inmundos, se introdujeron en los puercos, y la piara se precipitó con grande ímpetu en el mar, á dos millas, y se ahogaron todos en el mar. Mas los que los apacentaban, huyeron y fueron á dar parte á la ciudad y á los campos. Y salieron á ver lo que había sucedido. Y llegan á donde estaba Jesus, y ven al que era atormentado por el demonio, sentado, vestido y en su sano juicio, y temieron. Y los que lo habían visto, les contaron lo que había sucedido al que tenía el demonio y á los puercos. Y comenzaron á rogar á Jesus que se apartase de los confines de su país, y Jesus subiendo en una barquilla se volvió.

(San Mateo, VIII, 30 á 34, San Márcos, V, 14 á 17, y San Lúcas, VIII, 32 á 37).

“Y al subir á la barca le suplicó el que había sido atormentado por el demonio, que le permitiera ir con él (*); mas Jesus no le admitió, y le dijo: Vé á tu casa á los tuyos, y anúnciales todo lo que ha hecho por tí el Señor, y que se ha apiadado de tí. Y se fué, y empezó á publicar en la Decápolis todo lo que había hecho Jesus por él, y todos se admiraban. (San Márcos, V, 18 á 20, y San Lúcas, VIII, 38 y 39).”

Muchos intérpretes de las Divinas Escrituras opinan, que Jesucristo castigó á los dueños de la manada con la pérdida de ella, porque criaban aquellos animales inmundos á la vista de los judíos, y los vendían á los paganos para ofrecerlos á los ídolos; pero no está probado que fuesen judíos, porque en aquel tiempo había muchos paganos en el territorio de la Decápolis, que formaba parte de la provincia de Perea, y estaba á la otra orilla del Jordan. Al suplicar al Hijo de Dios que se alejase de ellos, dieron una prueba convincente de su

(*) Temía este hombre, como cree Theophylacto, que el demonio volvería á atormentarlo, si se apartaba de su divino Libertador, y por esto le suplica que le permita seguirle. Mas el Señor no lo permitió, dándole á entender, por una parte, que aunque no estuviese presente corporalmente, le bastaba su gracia para vivir seguro de las asechanzas y tiranía del demonio; y queriendo por otra, usar de su misericordia con los ingratos generosos, dejándoles uno que les predicase sus maravillas, para que pudiesen conocer la verdad, y convertirse. (Nota del Illmo. Scio al cap. 5.º de San Márcos).

apego á los bienes terrenos: mejor querian tener demonios y puercos, que perder éstos y correr algun riesgo.

Tres evangelistas cuentan esta historia. La memoria de un milagro que tuvo tanto eco en un pais habitado por judíos y paganos, debia estar todavía fresca en el tiempo en que escribian los autores sagrados: por consiguiente, era muy propio para hacer impresion en los contemporáneos, así como es una prueba contra los incrédulos de nuestros dias, porque un hecho como este, no podia inventarse muy pocos años despues de la época indicada por los evangelistas. Esta historia tiene la particularidad de que descubre tal vez mas que ninguna otra, la asercion temeraria de aquellos intérpretes, que dicen que el Hijo de Dios, conformándose con las ideas de su tiempo, decia que habia arrojado los demonios cuando curaba á los enfermos, aunque lo hacia de un modo milagroso (1).

CAPITULO XXX.

CURACION DE LA HEMORROISA Y RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO.

“Y habiendo vuelto á pasar Jesus á la otra orilla, se juntó á su rededor una multitud de gente, y estaba cer-

(1) A un teólogo distinguido entre los protestantes, que ¡creian como otros muchos de su secta, poder explicar por la hipocondría el estado de los endemoniados, le preguntaba yo si los puercos estaban sujetos á padecer aquel achaque, y si manadas enteras podian ser acometidas de él re-

ca del mar, y vino cierto gefe de la sinagoga, llamado Jairo, y viéndole se echó á sus piés, y le suplicaba con instancias diciendo: Mi hija está á los últimos: vé é impon las manos sobre ella para que sane y viva. Y fué con él y le seguia la multitud y le apretaba. Y habia una muger que estaba padeciendo flujo de sangre hacia doce años, y habia sufrido mucho de muchos médicos, y habia gastado todos sus bienes, y nada habia adelantado, sino que se hallaba peor. Habiendo oido hablar de Jesus, fué entre el gentío por detras, y tocó su vestidura, porque decia: Si tocare siquiera su vestidura, sanaré. Y al punto se detuvo el flujo de sangre, y conoció en el cuerpo que habia sanado de aquel mal (*). Y al instante Jesus, conociendo en sí mismo la virtud que habia salido de él, vuelto á la turba decia: ¿Quién ha tocado mis vestiduras? Mas negándolo todos, dijo Pedro y los que estaban con él: Maestro, la turba te estrecha é incomoda, y preguntas: ¿Quién me ha tocado? Y dijo Jesus: Alguien me ha tocado, porque conozco que

pentinamente y con tal violencia. Si en tiempo de Jesucristo se hubiera osado defender semejante asercion, hubiera desaparecido esta con los puercos, precipitándose en el mar.

(*) De aquel mal. Las enfermedades son verdaderamente un azote con que Dios misericordiosamente nos despierta del letargo en que vivimos. La que padecia esta muger, era de aquellas que le impedian tratar con los demas (*Levit.*, XV, 19), y por esto con mucho tiento, y como á escondidas, se llegó por las espaldas á tocar la ropa del Señor, dándole lugar para esto la grande confusion y tropel de gente. Las otras circunstancias que refiere San Márcos, sirven para realzar la verdad y grandeza del milagro. (Nota del Illmo. Scio al cap. 5.º de San Márcos).

ha salido virtud de mí. Mas viendo la muger que no pudo ocultarse, fué temblando y se postró á sus piés, y declaró delante de todo el pueblo por qué causa le habia tocado, y cómo en el instante quedó curada. Y Jesus le dijo: Hija, tu fé te ha salvado: véte en paz, y queda curada de tu enfermedad.

“Aun estaba hablando él, cuando llegaron los criados del gefe de la sinagoga diciendo: Tu hija ha muerto: ¿por qué incomodas ya al maestro? Mas Jesus habiendo oido lo que le decian, dijo al gefe de la sinagoga: No temas, cree solamente. Y no permitió que le siguiese nadie, sino Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago. Y llegan á la casa del gefe de la sinagoga, y ve el alboroto y las personas que lloraban y daban muchos alaridos. Y entrando les dice: ¿Por qué os turbais y llorais? La muchacha no está muerta, sino que duerme. Y se reian de él sabiendo que habia muerto. Mas él, habiendo hecho salir á todos, toma al padre y á la madre de la muchacha, y á los que iban con él, y entra donde estaba tendida la muchacha, y cogiéndole la mano le dice: Talitha cumi, que se interpreta: Muchacha, yo te digo: levántate. Y en el instante se levantó la muchacha y andaba, porque tenia ya doce años, y todos quedaron pasmados de asombro. Y los mandó con energía, que nadie supiese aquello; y les dijo que le dieran de comer. Y la fama de este milagro cundió por todo aquel pais. (San Mateo, IX, 18 á 26, San Márcos, V, 21 á 43, y San Lucas, VIII, 40 á 56).”

CAPITULO XXXI.

CURACION DE DOS CIEGOS Y DE UN ENDEMONIADO MUDO.

“Y cuando salia Jesus de allí, le siguieron dos ciegos gritando y diciendo: Apiádate de nosotros, Hijo de David. Y habiendo llegado á la casa, se acercaron á él los ciegos, y les dice Jesus: ¿Creeis que yo puedo hacer esto con vosotros? Y le dicen: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Hágase en vosotros segun vuestra fé. Y se abrieron sus ojos, y Jesus los amenazó diciendo: Mirad que no lo sepa nadie. Mas ellos salieron, y publicaron su nombre por todo aquel pais (*).

“Y luego que salieron estos, le presentaron un hombre mudo, que tenia el demonio. Y habiendo echado al demonio habló el mudo, y se admiraron las turbas diciendo: Nunca se vió una cosa semejante en Israel. Mas los fariseos decian: Echa á los demonios por el príncipe de los demonios. (San Mateo, IX, 27 á 34).”

CAPITULO XXXII.

NINGUNO ES PROFETA EN SU PATRIA.

“Y yendo Jesus á su patria, los enseñaba en sus sinagogas, de manera que se admiraban y decian: ¿De

(*) El que hace un beneficio á otro, debe guardarlo en silencio, para poner así su humildad á cubierto; pero el que lo recibe, queda en obliga-

dónde le ha venido á este esta sabiduría y este poder? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simon y Judas? ¿No están entre nosotros todas sus hermanas (*)? Pues ¿de dónde le vienen á este todas estas cosas? Y se escandalizaban en él. Mas Jesus les dijo: Un profeta no deja de ser honrado sino en su patria y en su casa (**).

cion de mostrarse agradecido, y esto le pone en la precision de publicarlo. Por esta razon, ninguno de los Padres ha reprendido á estos ciegos, por no haber hecho lo que Jesucristo les habia mandado, publicando el milagro. (Nota del Illmo. Scio al cap. IX de San Mateo).

(*) Sus parientas. Santiago el menor y José, eran hijos de María, que se cree muger de Cleofas, y prima de María, Madre de Jesus. *Simon* Cananeo, y *Judas* Tadeo. El nombre de *hermano*, se toma en la Escritura de cuatro modos. Primeramente se dice de aquel que lo es por naturaleza, por haber nacido de los mismos padres: á este modo, Jacob se llama hermano de Esaú. En segundo lugar, se dice *hermano*, el que es del mismo pueblo y religion; y por este respecto, se nombran hermanos todos los hebreos (*Deuter.*, XV, 12), y los cristianos (*Roman.*, IX, 3), cristianos (*I Corinth.*, v. 11). En tercer lugar, se llaman *hermanos*, los parientes que eran de una misma familia: á este modo son llamados hermanos, Abraham y Loth en el *Génes.* XIII, 8. Ultimamente, se daba el nombre de hermanos, á los que lo eran por afecto. Así el Señor llamó hermanos á sus apóstoles. (*Joann.*, XX, 17). En el tercer sentido, se toma aquí el nombre de *hermanos* y *hermanas*. (Id. al cap. XIII de San Mateo).

(**) Este era un proverbio comun entre los judíos, y con él daban á entender, que muy rara vez se hace aprecio de aquellos que se conocieron en los mas tiernos años; porque comunmente no se miran con estimacion las obras presentes de una persona, y acordándose de las travesuras de la primera edad, se miden por estas, y se desprecian aquellas. Pero esto no tenia lugar en Jesucristo, en cuya infancia no hubo cosa que no fuese perfectísima y digna de los mayores elogios.—1 MS. *Por la descreencia de ellos.* (Idem idem).

Y no hizo allí muchos milagros por su incredulidad: solamente curó unos pocos enfermos, imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su incredulidad. (San Mateo, XIII, 54 á 58, y San Márcos, VI, 1 á 6)."

Ya hemos advertido, que en las Santas Escrituras, así como en el lenguaje antiguo y en el griego, se llamaban hermanos y hermanas, los primos y primas, y aun á veces los tios y tias. San Márcos nos enseña, que Santiago y José eran hijos de una María, que con María Magdalena, María Salomé, y otras santas mugeres, habia acompañado á nuestro Señor á Galilea, le habia seguido á todas partes y sostenido con sus bienes, le habia visto de lejos clavado en la cruz, y habia ido al sepulcro para embalsamarle. (San Márcos, XV, 40 y 41 y XVI, 2).

El esposo de esta María era Cleofas, á quien tambien se llama Alfeo. Su hijo Santiago fué el primer obispo de Jerusalem, á quien sucedió en el santo ministerio su hermano Simon, que tambien se llamaba Simeon. Santiago fué uno de los doce apóstoles, y se le atribuye la Epístola canónica de nuestras Santas Escrituras. Ignórase si su hermano Simon es el mismo que el apóstol Simon de Caná. No debe confundirse á Santiago, hijo de Alfeo, con Santiago, hermano del evangelista San Juan. Estos dos hermanos eran hijos de Zebedeo y Salomé.

"Jesus recorria las ciudades y lugares, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino, y

curando toda languidez, y toda enfermedad. Mas viendo á la multitud, se compadeció de ellos, porque estaban cansados y tendidos acá y acullá, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice á los discípulos: La mies ciertamente es mucha; pero pocos los operarios. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe operarios á su mies. (San Mateo, IX, 35 á 38)."

¿No debieran algunos cristianos, que están obligados á apreciar la salud de sus hermanos, dirigir esta misma petición al Padre celestial, aun cuando el Hijo de Dios no se lo hubiera recomendado tan formalmente á sus discípulos? Y cuando les manda pedir operarios, ¿podríamos nosotros ser insensibles á este mandato? ¿Acaso no queremos ser sus discípulos? ¿O es hoy menos urgente la necesidad de operarios fieles, piadosos y animados de su espíritu? ¿Podemos lisonjearnos de amarle y de amar á nuestro prójimo, si esta necesidad no mueve nuestro corazón ante todas cosas? ¿Qué es el amor de Dios, sin el deseo de verle amado de todos los hombres? ¿Y qué es el amor del prójimo, sin el deseo de que todos los hombres amen á Dios?

CAPITULO XXXIII.

MISION DE LOS APOSTOLES: INSTRUCCIONES
QUE LES DA EL SALVADOR.

“Y habiendo convocado sus doce discípulos, les dió potestad sobre los espíritus inmundos para que los echa-

sen, y curasen toda languidez y toda enfermedad. Y los nombres de los doce apóstoles son estos: el primero, Simon, que se llama Pedro, y su hermano Andrés; Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé, con Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo (1); Simon el cananeo y Judas Iscariotes, que le entregó. Jesus envió á estos doce, dándoles estas instrucciones: No vayais al camino que conduce á las naciones, y no entreis en las ciudades de los samaritanos (*), sino id mas bien á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Id, pues, y predicad, diciendo: Se acerca el reino de los cielos. Curad

(1) El evangelista San Juan llama Judas á Tadeo: tenia, pues, dos sobrenombres, Tadeo y Judas, y ambos significaban lo mismo, *alabanza*. Hállanse muchos ejemplares de este uso de llevar una persona dos sobrenombres diferentes, pero que tienen la misma significacion. Este apóstol es sin duda el mismo que el autor de la Epístola de San Judas. El apóstol Tadeo se nombra aquí junto al apóstol Santiago, hijo de Alfeo, y el autor de la Epístola se llama en ella hermano de Santiago.

(*) Les manda el Señor, que antes de pasar á predicar á los gentiles y samaritanos, lo hiciesen con los judíos, que llama *las ovejas* que perecieron de la casa de Israel. A estos habia escogido por su pueblo, y se nombraba siempre su pastor; pero ellos, como ovejas perdidas, se habian apartado de él por sus delitos. Era necesario anunciar primero á los judíos la venida del Mesias, para que no pudiesen excusar su dureza, diciendo que antes que á ellos, habia enviado sus apóstoles á los samaritanos y gentiles. Mas cuando vieron que perdian tiempo con los judíos, se vieron obligados á abandonarlos, y á decirles con firmeza (*Actos*, XIII, 46): Vosotros érais los primeros á quienes se debia anunciar la palabra de Dios; pero por cuanto por vuestra obstinacion os haceis indignos de la vida eterna, nos vamos á predicar á los gentiles. El texto griego: *y en ciudad*. (Nota del Illmo. Scio al cap. X de San Mateo).